

APARTADO B

POLÍTICA DE DEFENSA Y SEGURIDAD INTERNACIONAL

1. LA PRIORIDAD EN LA DEFENSA EUROPEA

Una “prioridad” conceptual se viene reflejando en la defensa europea de modo muy acusado, desde la primera época de organización de la OTAN, cuando la trascendencia de los despliegues militares dedicaba el mayor porcentaje de sus medios a la zona geográfica del Centro de Europa; un criterio que pesaba en la idea defensiva, antes y después de la salida francesa de la integración militar.

En los planteamientos defensivos y en las decisiones adoptadas sobre la distribución y despliegue de fuerzas, incluso con más significación si cabe en la articulación de los mandos en los distintos sectores y frentes europeos, se observó siempre aquella prioridad, no sólo cuantitativa sino también cualitativamente, al extremo que el apoyo aéreo y marítimo de los diversos despliegues corría en el flanco mediterráneo fundamentalmente a cargo de la VI Flota norteamericana, que si bien se mantiene normalmente en este espacio marítimo, la responsabilidad y decisión de su empeño no estaba bajo la autoridad del mando supremo aliado en Europa, aunque en contraste se mantuvieran unas Task Force permanentes para el apoyo aéreo e incluso anfibia en el espacio continental europeo.

Y aún con más significación, habría que apreciar aquella contracción en los argumentos expresados y valorados en el proceso y desarrollo de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa. De un lado, en la reunión de Helsinki se sancionaba para la Unión Soviética los resultados limítrofes alcanzados al término de la Segunda Guerra Mundial; pero las dificultades para proceder a la consecución de algún desarme o limitación de armamentos se transferían, en realidad, a la Conferencia de Viena sobre “reducción mutua y equilibrada de las fuerzas”, en la que todos los razonamientos hacían referencia solamente a posibles limitaciones en el espacio

centroeuropeo, de tal forma que el espacio mediterráneo no estaba incluido ni examinado en las consecuencias de aquellos planes, con lo que una retirada o evacuación de fuerzas aéreas y terrestres en el espacio centroeuropeo podría traducirse en el ámbito del Pacto de Varsovia en su traslado a los territorios danubianos o balcánicos con el consiguiente quebranto desfavorable para la OTAN en el balance de fuerzas mediterráneas.

Posteriormente, esta significación y trascendencia otorgada al espacio centroeuropeo se ha venido acusando tanto, en el Este como al Oeste de los Pactos Colectivos. Así, en las consideraciones del General Rogers, actualmente Jefe del Mando Supremo Aliado en Europa, cuando argumenta sobre la conveniencia de modificar las doctrinas de guerra convencional dando prioridad a las Fuerzas de Despliegue Rápido y a su acción en profundidad de los frentes, hace especial hincapié a la posibilidad de dominar y superar el actual desequilibrio de fuerzas blindadas sin necesidad de recurrir al recurso nuclear, pero observando todo el proceso en el desarrollo de un enfrentamiento en el espacio centroeuropeo.

Igualmente, las referencias soviéticas, cuando aluden al riesgo que para su despliegue significa la instalación de los euromisiles occidentales, centran su preocupación casi exclusivamente en los misiles "*Pershing*" porque su eficacia obligaría a alterar la actual organización de sus fuerzas convencionales. Los dos criterios consideran en sus planteamientos, la trascendencia de una guerra total y generalizada, que prevén habría de suponer el desencadenamiento de la lucha iniciada en este frente centroeuropeo.

Incluso en todas las hipótesis más o menos imaginativas sobre la posible Tercera Guerra Mundial, si se observan los textos de las obras de Close y algún otro novelista del futuro, aunque su desencadenamiento pueda tener lugar en algún objetivo intercontinental, generalmente el desarrollo de la acción operativa en los frentes de contacto apuntan a la realidad de su efectividad en el mismo espacio del centro de Europa.

Y con este mismo criterio razonan las organizaciones pacifistas que buscan la solución más conveniente en la creación de zonas neutralizadas en el centro de Europa. Una Comisión Independiente sobre Desarme y Problemas de Seguridad, encabezada por Olof Palmer, hacía público en 1982 un informe en el que "razonaba" que el elevado número de armas nucleares instaladas en Europa Central presentaban un problema especial para el control de armamentos, porque muchas se hallan desplegadas en posiciones avanzadas, próximas a los frentes de

cualquier eventual enfrentamiento, y tienen grandes posibilidades de verse arrolladas por las fuerzas invasoras; y ante una disyuntiva de hacer uso de las mismas o perderlas, el bando defensor probablemente se vería precisado a utilizarlas.

Como consecuencia, a finales de 1982 el Gobierno sueco solicitó de los gobiernos europeos y de EE.UU. que expresasen sus puntos de vista sobre la propuesta de una posible zona desnuclearizada que, inicialmente, comprendería una zona de 150 kilómetros de profundidad a partir de la frontera entre los dos estados alemanes y que, progresivamente, podría alcanzar a la totalidad de estos países.

Realmente los gobiernos occidentales no han mostrado ninguna posición favorable a estas zonas neutralizadas, aunque se hayan apreciado movimientos políticos pacifistas en el interior de estos Estados. Como se señala en un trabajo de M. Blechman y Mark Moore, desde el punto de vista de la OTAN la debilidad de las zonas desnuclearizadas se concreta en dos aspectos: En primer lugar, las iniciativas de este proyecto no se han visto acompañadas de propuestas de restricción de fuerzas convencionales, lo que supone que la OTAN no tendría fórmula de compensar la superioridad actual de las fuerzas convencionales del Pacto de Varsovia, y aunque quedara el recurso de movilizar y acudir a mayores inversiones económicas para lograr medios de mayor eficacia en el terreno militar convencional, resultaría muy costoso y también improbable, vista la escasa disposición de las democracias occidentales para soportar pesadas cargas militares en tiempo de paz.

En segundo lugar, y tal vez de mayor importancia, la retirada de fuerzas nucleares en Europa Central, implicaría cierto desenganche de la disuasión estratégica norteamericana de la Defensa de Europa Occidental, y podría iniciarse con ello un presagio de separación de EE.UU. en los problemas de aquella.

En todos estos análisis sobre la “centralidad” de la defensa europea, no puede omitirse la postura adoptada por Francia y los criterios que han pesado en la definición de su política de defensa y su relación con el resto de Europa.

Prácticamente, durante el periodo transcurrido entre 1958 y 1981, los criterios que pesaban en su definición respondían a los formulados por Charles De Gaulle y que se sintetizaban en algunas frases suyas *“Es preciso que la defensa de Francia sea francesa. Si Francia hiciera la*

guerra, sería preciso que fuera su guerra...” y “poseer el arma atómica supone para un país, disuadir a toda nación que la posea de emprender contra él una agresión atómica...”.

Estos conceptos llevaron sucesivamente a la creación de su “force de frappe”, y aquellos conceptos siguieron observándose con los sucesores de De Gaulle en la Presidencia francesa. Sin embargo esta doctrina varía en algún grado cuando se produce el acceso a la Suprema Magistratura de Mitterand, y la política de seguridad se quiere concretar en tres aspectos fundamentales:

- Intervención de Francia en el debate sobre los euromisiles.
- Modernización del aparato militar francés, principalmente por la creación de la Fuerza de Acción Rápida.
- Reactivación de las disposiciones militares del Tratado Franco-Alemán de 1963.

Como reflejo de esta postura, en la reunión cumbre de Ottawa en julio de 1981, se subrayaba una mayor identidad de puntos de vista entre Francia y EE.UU. acerca de las relaciones Este-Oeste. En esta línea de actuación, durante las crisis políticas provocadas en la situación de Polonia, Francia alinea su actitud con la de los restantes países miembros de la Alianza Atlántica. Posteriormente apoyaba a Gran Bretaña en el conflicto de las Malvinas. Y esta evolución puede estimarse que alcanzaba una expresión más terminante, en la declaración sobre seguridad de los “Siete Grandes” en la Conferencia de Williambug en la que se afirmó que *“la seguridad de estos países es indivisible y debe verse sobre una base global”*.

No obstante, las tesis francesas no eran todas de absoluto acuerdo en su valoración, y así el General de Aviación Coppel, en un popular trabajo *“Vaincre la guerre”* sobre las posibilidades del arma nuclear, mostraba en su país una verdadera polémica, al considerar que el arma nuclear sólo puede emplearse en el propio territorio, para no provocar la reacción de represalia del adversario atacado en su “santuario”.

En esencia ello supondría que la “force de frappe” francesa sólo actuaría como tal, en el espacio territorial francés, y en consecuencia las fuerzas francesas no intervendrían directamente

en la batalla centro europea planteada fuera de sus fronteras, pese al despliegue de unidades francesas al otro lado del Rhin.

Contra esta teoría los argumentos más terminantes se expresaban en la respuesta dirigida al general Coppel, por el también general Salvan, Jefe de la Primera División Blindada, pero sobre todo por los acuerdos entre las autoridades políticas y militares de los dos países —República Federal de Alemania y Francia—, conscientes de que la batalla de seguridad europea no se puede planificar aisladamente, y además porque en una posible sucesión de avances soviéticos en el centro de Europa se causarían una serie de destrozos y quebrantos que no pueden tener posterior recuperación ni compensación; y de otro lado, porque no existe una acción conjunta de medios cualitativamente diferentes y que hoy son necesarios para la defensa; un criterio que posiblemente llevó en 1982 a Francia a solicitar al Consejo Permanente de la Unión Europea Occidental (U.E.O.), a que se levantara las últimas restricciones impuesta a la República Federal Alemana en materia de armamentos clásicos.

Consideraban esencial apoyar la acción en Alemania para evitar, por otra parte el aumento progresivo de los grupos políticos de “neutralismo” que parecían seducir a una parte de la opinión pública.

La celebración del 20 aniversario del tratado franco-alemán, fue ocasión para que el Presidente Mitterrand reiterase su apoyo tanto a la política de la OTAN, como a la República Federal Alemana, y el 24 de enero de 1983 recordaba en la tribuna del Bundestag:

“Cualquiera que pusiera sus esperanzas en la desunión entre el continente europeo y el continente americano haría peligrar, a nuestro modo de ver, el equilibrio de fuerzas y, por tanto, el mantenimiento de la paz...Por ello, la determinación común de los miembros de la Alianza y su solidaridad deben confirmarse claramente...Francia es consciente de esta solidaridad puesto que mantiene en la República Federal Alemana una parte importante del 1º Ejército Francés...Así concebimos nosotros la defensa de nuestro territorio y de nuestros intereses vitales, al mismo tiempo que afirmamos que somos miembro leal de la Alianza Atlántica y el amigo fiel, que conoce sus obligaciones, de la República Federal Alemana”.

El convencimiento de esta exigencia global parece que llevó a los mandos de todos los países implicados, al proyecto de una organización conjunta de la seguridad europea propuesta por los Jefes de Gobierno de Comunidad en la reunión de Milán antes del verano pasado, pero sin lograrse la aceptación de todos en la incidencia que supone hará en los espacios no centroeuropeos.

Por contraste la incidencia más acusada en la prioridad centro europea de parte francesa, se reiteraba en junio pasado, con motivo de las maniobras conjuntas llevadas a cabo en el espacio alemán, por fuerzas del 2º Cuerpo del Ejército francés estacionado en Alemania, y el 2º Cuerpo de Ejército alemán desplegado cerca de la frontera checoslovaca. En esta ocasión el general Houdet garantizaba que las fuerzas francesas en Alemania están en condiciones de empeñarse eficazmente al lado de los aliados alemanes en el terreno de operaciones centro europeo. Al mismo tiempo el general alemán Verner Lande, Jefe del 2º Cuerpo de Ejército recordaba que los dos cuerpos de ejército que llevan “casi simbólicamente” el mismo número, han intercambiado durante el pasado año 1984, ocho mil trescientos militares con ocasión del desarrollo de ejercicios de entrenamiento, seminarios y relaciones deportivas.

Pero posiblemente la manifestación más expresiva correspondía al Ministro de Defensa francés Charles Hernu, al afirmar de modo terminante que una amenaza a la seguridad de Alemania, afectaba a la seguridad de Francia:

“La Alemania Federal es el más inmediato de nuestros aliados, desde todos los puntos de vista; con él mantenemos las relaciones más intensas en el dominio de la defensa y la seguridad. Francia y Alemania Federal comparten problemas de seguridad que son comunes... La creación reciente de la Fuerza de Acción Rápida se añade a las múltiples posibilidades de acción común y a su actuación si el gobierno francés lo decidiera con el 2º Cuerpo francés en Alemania”.

Todas estas manifestaciones confirman los supuestos de la “prioridad” de los planteamientos de la defensa europea, aunque últimamente otros acaecimientos, podrían de alguna manera y en cierto grado introducir algunas mutaciones o trascendencia en los planteamientos futuros.

Entre estos podrían citarse algunos de carácter exclusivamente nacional pero con posible trascendencia de orden externo, y otros de mayor globalidad en su planteamiento e interpretación. En los primeros cabe destacar los cambios en los puestos de responsabilidad política probados en Francia con motivo de los incidentes del Rainbow Warrior de “Green Peace” y que se han reflejado en el cese del Ministro de Defensa Charles Hernu, que contaba con la plena aceptación de sus criterios tanto en ámbito político como en el militar, y esto lo mismo entre franceses que alemanes; y que era el principal impulsor del estrechamiento de relaciones en los distintos sectores de los dos países empeñados en problemas no sólo de seguridad, sino también de intensificación de los acuerdos de producción de armamentos estrechamente ligados a la organización de los sistemas de defensa.

Otro hecho que podría provocar desconfianzas mutuas entre los propios aliados es la multiplicidad de casos que se han producido últimamente de evasión de miembros del espionaje de los dos campos. La situación fuerza a la reconsideración de las hipótesis hasta ahora formuladas, tanto en lo que se refiere a los despliegues de la defensa, como al “descubrimiento” de los respectivos avances en la “investigación tecnológica”, sobre todo en el conocimiento del nivel de efectividad alcanzado en la organización de la “defensa espacial”.

Finalmente, y en cuanto se refiere a las posibilidades de la defensa europea, habría que referirse también a las declaraciones del líder soviético Gorbachov, en su reciente viaje a París, y en las que adelantaba algunos de los extremos de la propuesta que será estudiada con el Presidente Reagan en la reunión cumbre prevista para la última decena de Noviembre en Ginebra.

En su propuesta, Gorbachov insiste en la posibilidad de una reducción de los despliegues europeos de las dos partes que llegan a cifrarse, según las referencias, hasta el cincuenta por ciento de los medios nucleares de todo tipo; pero condicionado al cese americano de las investigaciones sobre defensa en el espacio, completando su propuesta con la posibilidad de un tratado parcial y bilateral del balance de los despliegues de medios nucleares en Gran Bretaña y Francia. Esto significaría un contraste con anteriores propósitos soviéticos de inclusión de todos los misiles en la evaluación de medios y más parece responder al propósito de fomentar diferencias de orientación y las consiguientes discrepancias entre los aliados europeos y americanos. Y aunque el Presidente Mitterrand ha rechazado esta última propuesta, continúa

oponiéndose a la I.D.S. americana porque su plena eficacia haría prácticamente inútil la garantía nuclear de la actual organización de la “force de frappe”.

En cuanto se refiere al desarrollo de la I.D.S., su presupuesto se evaluó en EE.UU. en 26.000 millones de dólares, ofreciendo su participación a los países europeos de la OTAN; pero después de una primera disposición favorable se pasó al rechazo generalizado, con el propósito de integrarse preferentemente en otro proyecto de investigación tecnológica europea —el EUREKA— que se formulaba con carácter exclusivamente civil, pero en realidad no excluyente de sus posibilidades militares.

Posteriormente, y tras el éxito de la experiencia antisatélite AST americana, Gran Bretaña y la R.F.A. se disponen a participar en la I.D.S., mientras Canadá persiste en el rechazo aunque no excluye que puedan hacerlo sus organizaciones privadas de investigación, manteniéndose aún las dudas de otros, incluso para la posible participación en los dos proyectos.

Realmente, tanto la I.D.S. como el EUREKA se hallan bastante lejos de la plenitud de efectividad, pero los científicos consideran accesible la posibilidad de su alcance en pocos años, y este juego del factor tiempo es lo que provoca las dudas sobre la prioridad que exige en cada momento el logro de la “seguridad”, el “avance científico” o el “desarrollo económico”. Factores que están estrechamente relacionados y todos los países —los europeos entre ellos— buscan una “independencia” en la “carrera tecnológica” aunque parece lógico, desde el punto de vista de la “seguridad”, iniciar la planificación del sistema defensivo, porque sin esta garantía resulta muy problemática la progresión en cualquiera de los otros campos.

Todas estas circunstancias acusan cada vez con mayor urgencia la necesidad de una “globalidad” de los planteamientos de la defensa, y de alguna manera podrían motivar la iniciación de una más amplia y sincera planificación “geográfica” que desvirtúe el, hasta ahora, casi absoluto “centralismo” de la defensa europea.

2. CONDICIONES Y LÍMITES DE LA DEFENSA INDEPENDIENTE

2.1 Introducción